

En suma, el lector se encuentra ante un trabajo serio, con un hilo conductor coherente, que permite adentrarse en la multidimensionalidad del cuidado. La rica aportación de las tablas, gráficos y esquemas que se disponen a lo largo del texto facilitan la interpretación de los datos, contrastados mediante acertadas y específicas referencias bibliográficas. En definitiva, nos encontramos ante la meridiana exposición de un meticuloso trabajo de investigación, que alumbra desde la Sociología el oscurecido trabajo del cuidado de nuestros mayores, desarrollado cotidiana y silenciosamente ante nuestros ojos.

Pedro ROMERO BALSAS

Cambio climático y lucha contra la pobreza

Mercedes Pardo y Maribel Rodríguez (eds.)

(Madrid, Fundación Carolina/Siglo XXI, 2010)

Este libro colectivo, coordinado por Mercedes Pardo y Maribel Rodríguez, vuelve sobre los problemas cuyo abordaje simultáneo articuló la idea de un desarrollo sostenible: la combinación del crecimiento económico, la lucha contra la pobreza y la protección del medio ambiente. Lo hace en términos concretos y actuales. Centrando los problemas medioambientales en el cambio climático, el más visible políticamente de los mismos. Atendiendo a las más dramáticas insuficiencias sociales del desarrollo, en particular la persistencia de la pobreza y el hambre. Y colocando todo ello en el contexto de la recesión.

La expresión «desarrollo sostenible» surgió para referirse a un proceso de crecimiento económico que fuese capaz de prolongarse en el tiempo, mitigando los efectos de la pobreza y de la desigualdad y evitando, a la vez, que la capacidad de la naturaleza para suministrar servicios a las sociedades humanas se viese socavada catastróficamente. Después de la Cumbre de Río de Janeiro en 1992, esa expresión circuló por todo el planeta, convertida en lugar común de las propuestas y los debates sobre el cambio social. Su difusión fue muy grande a pesar de su irreductible ambigüedad (o tal vez gracias a la misma).

En 1987, en un famoso informe sobre el tema, la Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo incorporó una frase que luego se ha citado infinidad de veces, a guisa de definición: «Está en manos de la humanidad hacer que el desarrollo sea sostenible, es decir, asegurar que satisfaga las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer las propias». Aparte de invocar un importante principio de solidaridad intergeneracional y de destacar la importancia de una visión a largo plazo, la famosa frase no tiene un significado muy preciso. La lista de preguntas inquietantes que suscita resulta considerablemente larga: ¿qué cabría entender como desarrollo? ¿Y por sostenibilidad? ¿Qué significa necesidad? ¿Cuáles son las necesidades que es preciso satisfacer? ¿Cuántas generaciones futuras y de qué dimensiones?, etc. No es sorprendente, entonces, que muchas de las aproximaciones al concepto hayan sido hartamente brumosas.

En cualquier caso, no es su vaguedad teórica o conceptual la que explica el éxito alcanzado por la expresión «desarrollo sostenible», sino más bien su ambigüedad política. Por una parte, al reclamar que el desarrollo llegue a ser sostenible, reconocía implícitamente que por ahora no lo es, sugería que algo anda mal en el modelo social vigente y que resulta conveniente reformarlo: en este sentido, el desarrollo sostenible ha sido un episodio más de la larga serie de intentos de apuntalar el desarrollo, tratando de hacerlo «social» o «humano», pugnando por corregirlo en uno u otro sentido. Por otra parte, al formular la esperanza de prolongar el desarrollo, consolidaba la adhesión al modelo social vigente, admitiendo que no había a la vista ninguna alternativa al mismo. El primer matiz resultó confortable para algunas personas; el segundo, para otras.

En cualquier caso, el balance de veinte años de desarrollo sostenible no es para lanzar las campanas al vuelo. La idea que quiso conquistar el mundo hace solo dos décadas sobrevive debilitada, imprecisa e inasible. Las sociedades contemporáneas no muestran síntomas de la anunciada transición a un caminar más ligero sobre el planeta pero, en cambio, sí abundan las señales de que la era expansiva del productivismo está topando ya con sus límites históricos. Una y otra vez, la solución al problema de cómo hacer compatibles el desarrollo y la sostenibilidad se ha escurrido entre las manos de los analistas. Lentamente, se ha ido percibiendo que la cuestión de cómo conjugar el bienestar con su mantenimiento a lo largo del tiempo no es exactamente un problema (es decir, algo que debe tener una solución), sino más bien un dilema enunciado por una esfinge (es decir, algo que restablece la insuperable incertidumbre de la historia). En ese contexto, la idea de un desarrollo sostenible ha quedado reducida a la búsqueda, siempre recomenzada, en condiciones siempre nuevas, de un equilibrio razonable entre la conservación de los sistemas naturales que soportan la existencia social y los procesos socioeconómicos que pugnan por mejorarla. Aquí radica, a mi juicio, la principal aportación de este libro: va directamente a los problemas en sus manifestaciones presentes, sin dar por descontada su conciliación, sin ilusionarse improductivamente con fórmulas mágicas. En este sentido, el debate que circula por sus páginas es bastante realista.

En su contribución al volumen, Mercedes Pardo presenta sintéticamente los datos esenciales sobre el cambio climático y sus efectos, explorando la dialéctica entre la naturaleza global del proceso y sus consecuencias particularmente dañinas en los países más empobrecidos. Si no se hace frente al cambio climático con los medios y la rapidez necesarios, concluye, «el fracaso destinará al 40% más pobre de la población mundial a un futuro con muy pocas oportunidades; exacerbará las profundas desigualdades en el interior de los países y socavará los esfuerzos destinados a desarrollar un sistema más inclusivo de globalización, reforzando al mismo tiempo las enormes disparidades entre quienes tienen mucho y quienes no tienen casi nada» (pp. 21-22).

Iván López hace un repaso sistemático e informativo del grado de realización de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. A primera vista, tales objetivos no parecen especialmente ambiciosos. Son una especie de programa mínimo de la ONU para corregir las formas más extremas de miseria e injusticia en el mundo. Reducir a la mitad en 2015 el número de personas con ingresos inferiores a 1 dólar diario y el de quienes pasan hambre, reducir en dos terceras partes la mortalidad de los niños menores de cinco años, lograr la enseñanza primaria universal, eliminar la desigualdad de género en la enseñanza, etc. Se trataba de conseguir cosas como esas y ya está muy claro, a falta de cuatro años para la fecha de referencia, que el programa va a quedar muy lejos de realizarse. La propia ONU ha promovido

estudios, como la *Evaluación de los Ecosistemas del Milenio*, que muestran que la degradación de los servicios de la naturaleza implica obstáculos adicionales a los derivados de la violencia, la explotación y el atraso.

Ana Iglesias y Sonia Quiroga se plantean la relación entre el cambio climático, la provisión de agua dulce y la producción de alimentos. Examinan algunas previsiones acerca del alcance y la desigual distribución geográfica de los efectos del cambio climático en cuanto a estrés hídrico y escasez en el suministro de agua. Y reflexionan sobre los impactos que todo ello, así como los balances entre mitigación y adaptación como estrategias frente al cambio global, puede tener en la producción de alimentos. El capítulo dedica poca atención, en cambio, a la previsible intensificación de los problemas derivada del crecimiento demográfico previsto en las próximas décadas.

La política concreta ante el cambio climático, en torno a la reunión de Copenhague, es el objeto de dos de las contribuciones al volumen. La de M^a Teresa Ribera combina de forma interesante la dosis obligada de optimismo oficial con una refrescante y nada oficial perplejidad ante la amenazadora dimensión de los desafíos planteados y ante los obstáculos que la crisis económica en curso opone a cualquier intento de dar debida respuesta a tales desafíos. La de Jordi Ortega despliega un variado y detallista muestrario de frecuentes interferencias y menos frecuentes refuerzos mutuos entre políticas del cambio climático, implementaciones económicas de las mismas y mecanismos de cooperación internacional para el desarrollo.

Leida Mercado, tras constatar la correlación entre el acceso a la energía y el desarrollo humano, asumiendo las conclusiones de un estudio según el cual se requiere un consumo mínimo de 4.000 kWh por persona para poder alcanzar un Índice de Desarrollo Humano de 0,9 o mayor, expresa una matizada esperanza en que los mercados de carbono sean una oportunidad para reducir la pobreza y mejorar la provisión de servicios energéticos para quienes carecen aún de acceso a ellos.

En las últimas contribuciones al libro, Ignacio Santos apunta algunas líneas para integrar acciones relativas al cambio climático en los proyectos y acciones de cooperación al desarrollo y los economistas José Luis Samaniego y Luis M. Galindo exponen algunas ideas para integrar medidas anticrisis y reducción del consumo de combustibles fósiles y apuntan que, a su juicio, la era post-petróleo podría dar lugar a la diversificación energética y a la reducción de las desigualdades energéticas en este terreno.

En resumen, como se ha señalado anteriormente, el libro tiene la virtud de discutir la relación entre economía, pobreza y medio ambiente de forma abierta y plural. Hay en él, como corresponde al planteamiento realizado para el debate, pocas conclusiones de conjunto. Sin embargo, queda claro que en el contexto de recesión, lentísima marcha hacia los Objetivos del Milenio y ausencia de medidas firmes ante el cambio climático, el desarrollo sostenible continúa siendo mucho más una ilusión que una realidad.

Ernest GARCÍA